

Y la Virgen en vano en su retiro,
Y en vano en su caverna el cenovita
Esquivar quieren el dañoso tiro
De tentacion que su conciencia irrita:
La tentacion, mas blanda que un suspiro
Heridas hace que ninguno evita:
Triunfará el justo, mas con pena mucha,
Que solo Dios sin fatigarse lucha.

Por la gracia de Dios triunfó el prelado;
Mas comó aquel que triunfa de un veneno,
Y queda, aunque con vida, quebrantado,
Febril la frente y dolorido el seno,
Así quedó su espíritu en estado
De postracion y de congojas lleno,
Irresoluto, tímido, sombrío,
Pronto á la duda y á la fé tardío.

Por eso mientras el indio refería
Los detalles del caso milagroso,
El atento prelado contraía
En pliegues mil el ceño caviloso;
Y vencedora tras tenaz porfia
La duda de la fé, con desdeñoso
Tono el relato terminó con esta
Dura cuanto lacónica respuesta.

“La Virgen que á Dios tuvo en sus entrañas
Eso y aun mucho mas hacer pudiera;
Maravillas se han visto mas estrañas
Cuyo recuerdo la piedad venera;
Mas no es razon tampoco que á patrañas
Que el mas menguado referir pudiera
Dé crédito la Iglesia de repente
Sin mas que haber un hombre que las cuente.

“Vuélvete, pues, á tu labor, que luego
Que yo de tiempo esté menos escaso
Dedicarme podré con mas sosiego
A ver qué ofrece de verdad el caso.”
Esto dijo Zumárraga, y Juan Diego
Hácia su pueblo revolviendo el paso,
Salió la faz cubierta de sonrojos
Y anegados en lágrimas los ojos.

Y apenas él desalojó la pieza,
Zumárraga sintió remordimiento
Por la tenaz incrédula dureza
Que mostró al escucharlo: descontento
De su anterior conducta, con presteza
Se acogió á la oracion, y el sentimiento
De la piedad en su ánimo triunfaba
Cuando Juan Diego al Tepeyac llegaba.

Llegaba y va de la breñosa cumbre
Iba acortando la difícil vía,
Cuando vestida de divina lumbre
De nuevo ante él apareció María:
Angélica invisible muchedumbre
Lanzó al aire torrentes de armonía;
El indio al suelo prosternado cae
Y dice así con el dolor que trae.

“Señora yo venero tus arcanos;
La ciencia de tu Dios en tí reside:
Y ¿quién entre los míseros humanos
Tu querer juzga ni tu ciencia mide?
Pero no son mi labio ni mis manos
Para la carga que les diste: pide
La mision que á mi celo confiaste
Un nuncio tal que á acreditarla baste.

“Cuanto dijiste referí al prelado,
Y aunque apacible me mostró el semblante,
Crédito á mis palabras ha negado
No hallando en ellas conviccion bastante:
Por eso te suplico desolado
Que nombres, ó Señora, en adelante
A quien de hablar por tí mas digno sea
Para que el mundo tus favores crea.”

“Mejor que yo sirviérate esa gente
De antiguo á tus favores avezada;
Esos hombres venidos del Oriente
Fuertes por la palabra y por la espada:
Mi tosca voz no puede dignamente
Decir al mundo de tu parte nada,
Y aunque halaga tu encargo mi deseo,
Muy poco soy para tan alto empleo.”

Así dijo Juan Diego en la sincera
Faz mostrando el pesar que lo oprimia,
Y así con voz amante y placentera
A sus palabras respondió María:
“Gentes no me faltaran, si quisiera,
Que trasmitiesen la palabra mia;
Mas por humilde con placer te elijo
Que el Dios de los humildes es mi Hijo.

“Importa que tú seas el que llesves
De mi presencia la feliz noticia,
Y en esta tierra bendecida pruebes
De mi amor á los tuyos la primicia:
Brotarán en los ánimos alevés
Dudas negando á tu verdad justicia;
Mas triunfarás con el favor divino,
Que triunfar es de la verdad destino:

“Vuelve mañana á México; al prelado
Preséntate, repite lo que dije,
Y el hablar en mi nombre y con mi agrado
El sinsabor compense que te aflije.”
Dijo María: el indio resignado
A cumplir obediente lo que exige,
Con mas cansancio y menos amargura
Bajó del cerro la pendiente dura.

CANTO V,

¡Ay con qué profundísima fatiga
Se agita el corazón desesperado,
Cuando con dardo punzador lo hostiga
El recuerdo fatal de lo pasado!
Cuando un tenaz remordimiento abriga
La inflexible conciencia, y desolado
Siente el justo que Dios trueca en airada
La que antes era paternal mirada!

Siente del que ha pecado los tormentos
Sin conocer los gustos del que peca,
Y el tropel de sus vagos pensamientos
En verdugo y en víctima lo trueca
De sí propio: á sus párpados sedientos
Lágrimas niega la pupila sega,
Cuando una sola lágrima sería
Bálsamo que su mal aliviaría.